

# Hacia una mentalidad misionera



*Eduardo López Azpitarte, S. I.*

**L**OS problemas de Dios no son problemas de matemáticas, ni están vinculados a determinadas esferas dentro de la Iglesia. Y no cabe duda que entre los problemas de Dios, el primordial, el gran problema, es el de la salvación de los hombres. Dios ha hecho girar todo su plan providencial, amoroso, escondido muchas veces en el misterio, sobre esta verdad nuclear. Toda la creación está necesariamente orientada hacia su gloria y ésta no alcanza su plenitud extrínseca, accidental, sino mediante la salvación de cada uno de nosotros. Sólo así, desde este ángulo de vista, se ilumina claramente el hecho de la revelación. Un Dios que se pone al habla con el hombre para abrirle los misterios de su vida íntima y de su providencia.

Si esto es así, nos podríamos pre-

guntar: ¿está perfectamente encajada nuestra mentalidad misionera?

Nos alegra admitir que hemos progresado en muchos sentidos. El domingo destinado a las misiones es un aldabonazo en nuestras conciencias que lo sentimos sin querer. El problema se nos presenta de cara y logra atraer nuestra atención, por unas horas, para esconderse de nuevo durante el año. Pero no basta ello. Tendríamos que actuar ciertos aspectos para centrarlo en su verdadero sentido.

## **Conciencia de nuestra responsabilidad**

Porque pudiera ser que el Domund, lejos de actuarla, de volverla más consciente, ayudase a muchos a despojarse de ella. Sería, según creo, un primer punto de revisión.

# NOTAS PARA EL DIALOGO

Toda auténtica vocación cristiana tiene que ser necesariamente misionera, e implica una actitud, un estilo de vida mucho más profundo y generoso de lo que puede constituir nuestra aportación anual a las misiones. Y esta vocación católica, universal no parece salir a la superficie de nuestra conciencia cristiana con toda la fuerza que debiera.

La vida sobrenatural que participamos, como un inmenso regalo del Padre, tiene siempre su fuente y su razón: el amor misterioso e infinito de Dios que se hace gracia en el corazón del cristiano. Nuestra respuesta a ese amor de predilección no puede estacionarse en el simple agradecimiento. Sería una concepción demasiado individualista, egocéntrica. Dios nos ha creado *en familia*, dentro de nuestro destino individual. Por ello, todo cristiano debe trabajar por extender el Cuerpo de Cristo que todos formamos. Es una exigencia grabada en nuestro ser de miembros, en nuestro destino social en la comunidad cristiana que constituye la gran familia de Dios.

Este hecho no puede ser algo intrascendente para nuestra mentalidad. El cristiano que busca su salvación, independientemente de la de los demás, prescinde de un factor importante, que se encuentra en el núcleo del Evangelio: el mensaje de salvación para *todos* los hombres. Y además estaría equivocado, porque amar y entregarse a los hermanos es el camino más recto en nuestra marcha hacia Dios. Basta leer algo las epístolas de San Juan. Nos harían reflexionar un poco y abrirnos más hacia un cristianismo fraternal, comunitario. Hasta que encontremos evidente, como un mensaje de luz, que el camino de nuestra salvación, de nuestra santificación, lo hemos de recorrer en compañía de nuestros hermanos.

Hacia esta dirección tendríamos que girar violentamente para tratar de salvaguardar al catolicismo, a nuestro catolicismo español, de actitudes bastante al margen del Evangelio. De cualquier forma, ahí queda la pregunta en el aire: ¿Tenemos conciencia formada so-

bre la responsabilidad de esta plenitud de vocación cristiana?

Un camino que nos pudiera orientar hacia ella sería reflexionar muchas veces sobre los planes misteriosos de Dios sobre los hombres. El problema misionero existe porque presupone un misterio infinito: la luz de la fe, como una antorcha, tiene que llegar a los infieles, por nuestras manos temblorosas e inconscientes. Dios quiere que entremos como colaboradores de su obra y en ella cada uno de nosotros juega su papel importante. Importante, sobre todo, en sus consecuencias. Porque impresiona que las determinaciones voluntarias y libres del hombre puedan dejar sin acabar los amorosos designios del Padre.

Mientras no nos demos cuenta de ello, nuestra apatía será siempre un retraso en la extensión del mensaje; un pecado contra el amor de Dios que busca mi colaboración para abrirse camino hacia el corazón de los hombres.

#### **Eficacia en nuestra colaboración**

Este primer paso nos llevaría a un nuevo problema: el de nuestra cooperación real a esta obra evangelizadora.

Hay algo que tiene que salir más a las puertas de nuestra conciencia y no quedar sepultado silenciosamente entre el ruido de unas monedas. Habría que estudiar si no hemos "materializado" excesivamente el problema misionero. Para la mayoría de los hombres ha quedado aprisionado en una esfera reducida, pendiente de una solución casi exclusivamente económica. Porque lo hemos hecho girar de una manera acentuada sobre la necesidad de la limosna y de nuestra ayuda material. Y tal vez se nos ha escapado de la vista con demasiada frecuencia la dimensión más profunda y verdadera.

No se trata, decíamos antes, de jugar con números. Porque todos sentimos alegría cuando las estadísticas apuntan el ascenso continuado de nuestra aportación. Pero el problema se detiene en sus capas superficiales, cuando no sabemos vislumbrar el mundo lumi-



noso de la gracia que fecunda cualquier actividad de apostolado, de toma de contacto entre los hombres y Dios.

Para el cristiano no tiene sentido otra visión de las cosas. Necesitamos más fe. Saber auparse sobre las realidades sensibles que nos aprisionan y darnos cuenta que la gracia, como un río soterráneo y silencioso, es la única que puede hacer fructificar las realidades sobrenaturales. Todo otro esfuerzo que no se levante apoyado en ella está condenado al fracaso. Es un dogma de fe; tenemos además que abrazarlo con ilusión y cariño. Por él podemos abrirnos a la esperanza. Porque nuestro esfuerzo no será inútil para ensanchar las orillas de nuestra fe. La fuerza de Dios nace en la humildad, en nuestra impotencia para empujar su gloria hacia adelante.

Si en el orden sobrenatural toda la eficiencia proviene de la gracia, sólo hay un camino que nos lleve al encuentro de ella. Los hombres, mendigos de Dios, sólo podemos alcanzarla con la oración. Para que suave y calladamente, como una lluvia mansa, recaiga sobre el corazón de tantos hermanos. No nos queda otro remedio en la colaboración a los planes de Dios. Y nuestra responsabilidad de cristiano tiene que centrarse más y más en esta actitud suplicante. Cualquier otra tentativa se torna estéril, inoperante, si no va envuelta en este calor íntimo de la oración. Esa oración que salte continuamente, como una cascada de amor, para que brille más la alegría en el mundo de los infieles.

La limosna sola es algo frío e indiferente. Tenemos que profundizar más que una simple estadística numérica. Hasta eliminar nuestra despreocupación y no querer dejar a un lado, como carga molesta y apretada, esa masa imponente de hombres que gravita sobre nuestras conciencias.

Otra visión que no se orientase en este sentido, tendría siempre algo de caricatura. Dios tiene que gozar con todo ese movimiento infantil que se levanta en el Día de las Misiones. Es un mundo de poesía, de ilusión y también de sacrificio. Para ellos, que apenas pueden captar otras responsabilidades, esas cantidades recogidas son un termómetro de su entusiasmo y amor por las misiones. Para nosotros no basta. Dios estaría terriblemente serio, cuando sintiésemos la alegría del deber cumplido al depositar nuestra limosna, por muy grande que fuese. Sería hacer ineficaz nuestra colaboración, permanecer en la periferia de un problema que es enormemente importante para Dios.

El camino creo que está por donde hemos indicado. Un poco de mayor interés, del verdadero interés, por el problema misional, que nos llevase de la mano a ser conscientes de nuestra responsabilidad. Y el deseo de que nuestra colaboración fuese realmente eficaz haría revalorizar en nosotros el ideal de la oración misionera. Como un gigantesco puente levantado hasta el cielo. Para que la sangre de Cristo redentora se extienda hacia todos los continentes.

